

23 : Materialización (3 p.)

El autoestopista de Abba-la-Romaine. ¹(Ardèche).

Nuestra fuente es *D. Audinot, Les lieux de l'au-dela (Guide des fantômes, dames blanches et auto - stoppeuses évanescantes en France, Belgique et Suisse, Agnières, 1999, 59/63.*

La obra, bien documentada, habla de sombras, mujeres blancas y autoestopistas que se desvanecen. Nos detenemos en un curioso caso de autoestopista desvanecido, mejor dicho: galvanizante. En primavera, en la época de la luna roja, es decir, a principios de mayo, los automovilistas que abandonan la autopista A6 en Montélimar para atravesar el Ardèche por la Nationale 102 pueden vivir a veces una experiencia muy extraña.

En particular: el encuentro con una sombría autoestopista que se cuenta entre las más duras de su especie: no aparece como una “mujer blanca”, sino enfundada en un traje de cuero de motociclista. La aparición no es nocturna, sino que se produce siempre a última hora de la tarde, antes de la puesta de sol. Este autoestopista se desplaza unos 30 kilómetros. El fenómeno se ha observado varias decenas de veces, con un horario muy estricto y planificado.

Audinet cita el informe del Sr. Regis F., residente en Lyon, que lo publicó en *Science et magie*. Afirma que su historia puede comprobarse con la gendarmería de Aubenas, que está bien informada sobre el fenómeno recurrente. Véase aquí.

“Como profesor de matemáticas en un liceo de Lyon, no soy precisamente tan supersticioso. Pero les ocurrió en la primavera de 1996. Todos los fines de semana, él y su mujer conducen por la autopista A6 de Lyon a Montélimar.

Un sábado por la tarde, estábamos saliendo de la autoroute, cruzando el Ródano hasta que, en una curva, una autoestopista con traje de cuero y casco de motorista bajo el brazo nos hizo tímidamente una señal con la mano. Me quedo quieto. Me pregunta adónde nos dirigimos. Se lo digo. Eso parece complacerla, tras lo cual dejo que tomen asiento en la parte de atrás.

Por su aspecto, una joven muy guapa, con la cara pálida, casi blanca. Poco habladora. Así las veo fugazmente en mi retrovisor. Se acerca la noche. Enciende las luces. Conduce bastante rápido. En un momento dado, el

pasajero me pregunta: “¿Puede frenar un poco, señor, que no me encuentre muy bien?”. Disminuye la velocidad, disgustado porque no le gusta conducir de noche por esas carreteras sinuosas de bordes indistintos.

Diez minutos más tarde, un poco después de Alba-la-Romaine, ahí está de nuevo con una voz lastimera, de color casi blanco: “¡Señor, se lo ruego, conduzca más despacio!”. Disminuyo aún más la velocidad, mientras mi mujer, sintiendo que hiervo por dentro, me pone la mano en la rodilla para calmarme. A treinta por hora, atravesamos Villeneuve para acelerar ligeramente al salir de la ciudad. Pero -se lo juro- no conduje a más de cincuenta o sesenta por hora, ya que la carretera no se presta a los excesos de velocidad.

Sin embargo, al cabo de 15 minutos, mi autoestopista está de nuevo allí quejándose en silencio: “¡Por el amor de Dios, señor, haga el favor de moderar la velocidad! ¡Me siento realmente impasible! Si no, ¡me voy a ver obligado a bajarme!”. “Menudo jamelgo”, me digo mientras vuelvo a bajar a cuarenta por hora.

De repente oigo algo parecido a un suspiro, miro hacia atrás por el retrovisor y no veo al autoestopista. Me detengo bruscamente al borde de la carretera y miro hacia atrás: ¡el asiento está vacío! Miro consternado a mi mujer, que está tan sorprendida como yo.

“Ese culo no saltó a través del portiere, ¿verdad? Se habría oído algo así”. Sorprendido y un poco ansioso, doy media vuelta y conduzco lentamente hasta el comienzo de Villeneuve-de-Berg. Nos encontramos con pocos coches. Busco atentamente los rostros de las personas que van en los coches, pero aparentemente nuestra desconocida no está entre ellos. Tampoco está al borde de la carretera. Giro a la derecha y conduzco con las luces encendidas y sin hacer ruido hasta Aubenas. Me detengo ante la gendarmería.

Dos hombres escuchan mi extraña y farragosa historia sin mucha sorpresa. Cuando termino de describir a la muchacha, sacuden la cabeza sonriendo: “Ah, dijo uno de ellos con toda seriedad, “usted es el tercero este año que ve a “la larve”. Desde su fatal accidente de moto hace tres años en esa misma carretera, esa chica se deja ver cada primavera por la luna roja”.

Notas. - Esta historia, que se parece perfectamente a otras innumerables y muchas de las cuales fueron registradas en la gendarmería de Aubenas, permite algunas observaciones interesantes.

1. El tipo de “autoestopista sombrío”, creado por muertes violentas en carretera durante 30 años, corresponde perfectamente a lo que antes se llamaban apariciones fantasmales. Resumido brevemente: Personas que han muerto repentinamente y que aparecen regularmente en los alrededores del lugar donde han fallecido, materializándose perfectamente (*nota:* volviéndose groseramente corpóreas) de forma que son capaces de tragar sin dejar rastro, y ello a través de puertas y paredes.

2. La autoestopista sombría es completa y físicamente tocable y se muestra así como una materialización completa, en carne y hueso (...).

3. La autoestopista en la sombra no parece darse cuenta de que está muerta. A menudo, al acercarse al lugar de su fatal accidente - en el caso de Alba-la-Romaine, es así - expresa un malestar que no puede explicar más. De este modo, al menos temporalmente, está “viva”. Puede abrir las puertas de los vagones.

4. El autoestopista sombrío aparece de forma prolongada o breve. Esta última a veces durante varios minutos y a lo largo de varios centenares de metros. En el caso de Alba-la-Romaine se materializó totalmente en un coche a lo largo de casi treinta kilómetros durante casi veinte minutos. Esa duración - junto con la frecuencia de sus apariciones en la misma carretera - es muy rara.

5. El autoestopista sombrío engañó a dos personas. - Así que no existe, por ejemplo, la visión epiléptica, porque tal cosa sólo ocurre en una persona. Por tanto, hay algo más que una experiencia objetiva individual.

Nota - En una sección introductoria, así como a lo largo de todo el libro con sus pocos cientos de casos, Audinot hace mucho hincapié en el aspecto del dinamismo.

Así o.c., 29 ss. Una de las apariciones fantasmales no va más allá de una fugaz aparición sombría, mientras que la otra se materializa de forma tangible. El autor también cree que, con el paso de los años y los siglos, disminuye la energía que hace posibles las apariciones.

El autor está tan seguro de su pieza que, o.c., 63, invita a cualquier lector que desee probar el caso de Alba-la Romaine a visitar el tramo de carretera arriba indicado “los primeros días de mayo en sábado, se trata de la nacional 102 de Montélomar a Alba a Villeneuve-de-Berg.